

## CAPITULO X.

### MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

*Correrías.—Embajada á la Señoría.—Consulta á los papas y hechiceros.—Embajada tlaxcalteca.—Cortés hace cortar las manos á cincuenta espías.—Inutilidad del asalto nocturno.—Expedición á Tzimpantzinco.—Otra embajada mexicana.—La señoría de Tlaxcalla se decide por la paz.—Resistencia de Xicotencatl.—Xicotencatl.—Embajada de los tlaxcalteca.—Paz con la república.—Oracion.—Entrada en Tlaxcalla.—Bautismo de los cuatro cabezas de la señoría.—Rumor en la tierra.—Regalo de Cortés.—Sumision de Huexotzinco y de Ixtitlaochitl.—El Popocatepec.—Ascension de Diego de Ordáz.*

El día 15 de Setiembre, siguiendo los cómputos de Cortés, al siguiente seis de Setiembre, salió del real ántes de amanecer con los caballos, cien peones y los indios aliados. Se comprende ser el intento amedrentar á los tlaxcalteca, esparcir el terror causando daño en la comarca. Dirigiéndose sin ser sentido á la llanura, quemó y destruyó hasta diez pueblos, alguno de ellos de más de tres mil casas, sin encontrar resistencia más de en una poblacion cuyos habitantes

recibieron grave daño. Cuando los guerreros se reunían para defenderse, con el botin recogido y los bastimentos se tornó al real, despues de medio dia, si bien los indígenas vinieron peleando por el camino. (1)

Antes de salir á esta correría, con tres principales tomados prisioneros en la batalla anterior y los dos primeros mensajeros, D. Hernando envió nueva embajada á los señores de Tlaxcalla, para repetir el razonamiento de costumbre; que conciertan en la paz, pues los blancos no quieren hacerles daño, pretendiendo únicamente el paso por sus tierras para ir á verse con Motecuhzoma; si de aquella vez no consienten en ser amigos, todos ellos serán destruidos. Los enviados fueron á la capital, y dieron el mensaje á los señores. Los cuatro nobles de la señoría no habían caído en desaliento todavía, si bien se les veía confusos por la mala suerte alcanzada en los combates. Por otra parte estaban perplejos, pues los extranjeros aparecian invencibles, invulnerables, ya que no se sabía recibiesen el menor daño, la tradicion los proclamaba dioses y así lo aseguraban los cempoalteca; pero estaba en contradiccion con no verles comer el corazon de las víctimas, el derrocar los teocalli de las divinidades, mirarlos vivian como los simples mortales, tener las debilidades comunes, codiciar el oro y los placeres.

Para salir de la incertidumbre recurrieron á la sabiduría de sus sacerdotes, hechiceros y adivinos. Reunidos, despues de levantar la figura, declararon ser los extranjeros hijos del sol, del cual recibian fuerza y virtud; por consecuencia, de día, á la luz del astro radiante, eran esforzados é invencibles; mas dejaban de serlo en las tinieblas, durante las cuales se tornaban pusilánimes y débiles. Pareció bien la solucion y fué adoptada. El senado facultó á Xicotencatl para asaltar el real durante la noche al frente de diez mil soldados. (2) Por absurda que aparezca la solucion de papas y nigromantes, encerraba en el fondo algun poco de esperanza; presumimos no ser extraño el influjo de Xicotencatl en semejante medida. Pelear de noche era contra la costumbre militar, contra el derecho establecido; los tlaxcalteca habían combatido arduosamente durante la luz; las órdenes solas del general no hubieran sido obedecidas para pe-

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 52.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

lear en la oscuridad; para probar fortuna en los combates nocturnos era indispensable una autorizacion, un mandato civil y religioso al mismo tiempo, á fin de no encontrar resistencia en los guerreros. En las tinieblas los tiros de la artillería serían ménos certeros, ménos temible el movimiento de los caballos, se igualarian los golpes de las armas asestados al acaso.

El siete de Setiembre vinieron algunos mensajeros de Tlaxcalla á dar la respuesta pedida; presentaron al general algunos regalos y cinco esclavos, diciendo al general el más animoso: "Si eres dios de los que comen sangre é carne, cómete estos indios, é traerte hemos más; é si eres dios bueno, ves aquí encienso é plumas; é si eres hombre, ves aquí gallinas é pan é cerezas." El marques siempre les dice: "Yo é mis compañeros hombres somos como vosotros; é yo mucho deseo tengo de que no me mintais, porque yo siempre os dicie verdad, é de verdad, os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibais daño." (1) En estas relaciones presidía por ambas partes la mayor mala fé. Los señores de Tlaxcalla protestaban de su amistad, hechando la culpa de la guerra á los bárbaros otomies; Cortés apetecía ser ermano de los tlaxcalteca y el paso franco para ir á México, cargando la mano en la destruccion, cual si no hubiera otro camino para llegar á tierras del imperio.

Los dias anteriores, principalmente despues de algun combate, venían algunos indios con pan de maíz ó tortilla, gallinas y cerezas; (2) presentábanlo á Cortés y le decían; les pesaba mucho le hicieran enojo en la tierra lo cual no era por voluntad suya, sino que la gente que peleaba era de otra nacion bárbara, moradora de unas montañas que mostraban con el dedo: terminaban siempre preguntando: "¿Qué daño han hecho estos bellacos en vosotros?" Don Hernando respondía, no recibir ellos mal alguno, si bien le pesaba del mucho daño por los contrarios recibido. (3) Aquella tarde vieron pasar los centinelas gente de guerra por un cerro no distante, y po-

(1) Relacion de Andrés de Tápia, apud. García Icazbalceta, pág. 569.—Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXII.

(2) Las cerezas no eran fruta conocida entónces en México; traían capulines algo parecidos en la figura á la cereza.

(3) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 567.

co despues se presentaron en el real hasta cincuenta hombres, trayendo como de costumbre algunos comestibles. Si los espías anteriores se habían portado disimulados, estos se pusieron á discurrir por el real, examinándolo todo como entre bobos y admirados. No caían en la cuenta los castellanos, más el cempoaltecatl Teuch, conocedor de las prácticas de guerra en Anáhuac, lo hizo notar á D. Hernando, advirtiéndole ser aquellos espías, y como hablaban recatadamente con los de Iztacmaxtitlan. D. Hernando se apoderó disimuladamente de uno de ellos, y amedrentándole supo por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, como Xicotencatl estaba con gran cantidad de gente en unos cerros fronteros al real para dar aquella noche el asalto; porque decían no valerles nada pelear de dia, y querían probarse de noche á fin que los guerreros no temiesen los caballos, ni los tiros, ni las espadas; ellos habían venido á ver las entradas y salidas, con la manera de poner fuego á las chozas de ramas. Examinados uno tras otro, hasta seis, se conformaron en la respuesta, por lo cual reuniendo á todos les dijo: "Os he ya avisado siempre que conmigo habláis, que no me mintais, porque yo nunca os miento, é agora venis por espías y con mentiras" é hizo cortar las manos á los cincuenta, despidiéndolos con encargo de decir á Xicotencatl, viniese cuando quisiera, de dia ó de noche, pues siempre vería quienes los castellanos eran. (1)

Cortés tomó las disposiciones necesarias para rechazar el asalto; pero calculando acertadamente sería mejor salir al encuentro del enemigo alistó los jinetes, haciendo poner á los caballos pretales de cascabeles, más con objeto de reconocerse en la oscuridad, que de atemorizar á los indios. Listo estaba al ponerse el sol. Cerrando la noche, Xicotencatl con sus guerreros dejaron el escondite de los cerros, penetrando silenciosamente en la llanura, encubiertos por los maizales; creían no haber sido sentidos, y sin embargo las velas y escuchas habían ya comunicado la alarma en el real. Era una noche de luna, á cuya luz indecisa cargó la caballería con su acostumbrado denuedo; su vista inesperada lleno de terror á los tlaxcalteca

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 53.—Gomara, Crón. cap. XLVIII.—Relacion de Andrés de Tápia, pág. 570.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII, escribe, sin duda para minorar la impresion de esta crueldad: "mandó cortar las manos á siete de ellos, y á algunos los dedos pulgares, muy contra su voluntad, parecien do, que para lo de adelante así convenía"

resistieron poco, dándose prontamente á huir por entre los sembrados, no sin ser perseguidos y recibiendo algun daño. Pocos llegaron hasta el real, fácilmente rechazados y puestos en fuga. (1)

Semejante malaventura fué natural. No por una disposicion ni en una sóla vez se arranca una costumbre inveterada, una supersticion arraigada. Ademas la prediccion de los papas y adivinos habia salido absolutamente falsa, pues los blancos estaban dispuestos á pelear tambien de noche. Así, los guerreros quedaron asombrados, desmayaron conforme se vieron encima á los fuertes y vengativos dioses. Siguióse entónces mayor perjuicio de las creencias religiosas que de la derrota. Los hombres blancos crecieron mucho en la vulgar estimacion del populacho, y como por los errores públicos paga de continuo el más flaco, dos de los desdichados nigromantes fueron sacrificados á Camaxtle. Los castellanos sacaban ventajas de los desaciertos de los indígenas.

Como de costumbre, despues de aquella victoria despachó Cortés nuevos mensajeros á Tlaxcalla; más conformándose en cierta manera á los usos de los indios, al darles el constante recado de paz con protestas de amistad y amenazas, les entregó una carta y una saeta, dando á entender con ello á la señoría escogiera definitivamente entre la paz y la guerra. (2) Pasáronse ciertos dias sin hacer cosa notable, fuera de constantes correrías en los alrededores del cerro para perseguir y desbaratar las partidas de otomíes que se presentaban, ya para provocar gritando, ya para trabar alguna escaramuza. (3)

Don Hernando vivía en el teocalli, y de noche cuando no dormia registraba la campiña con la vista, para observar si habia lumbres indicantes de alguna poblacion; así descubrió por el dia ciertos humos grandes, á unas cuatro leguas del real, junto á una sierra en la cual aparecía haber mucha gente. Una noche, despues de rondada la guarda de prima, dejó el real al frente la caballería, cien peones y los indios amigos, tomando el rumbo hácia los peñoles. Caminada una legua, subitamente se derribó un caballo al suelo sin poderse menear; avisado Cortés, dijo: "Pues vuélvase su dueño con él al

(1) Cartas de Relac. pág. 54.—Bernal Díaz, cap. LXVI.—AA. cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(3) Cortés, en Lorenzana, pág. 54. Como se advierte seguimos de preferencia la relacion de Cortés, teniendo en cuenta el orden de los sucesos omitidos por él.

real." Respondió la misma frase al caer de idéntica manera el segundo caballo; los soldados le observaron: "Señor, mira que es mal pronóstico, é mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por do vamos." El dicie: ¿Por qué mirais en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho bien esta noche, é el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes." Cayó tambien al suelo el caballo de D. Hernando; más aunque hicieron alto por un rato, siguieron adelante con las cabalgaduras del diestro. (1) Por fortuna los caballos quedaron buenos á poco tiempo; acometidos ligeramente de torozon por alguna yerba que comieron, segun creemos, lo atribuyeron los castellanos á hechicería, pues en aquella época, blancos é indios, en esta materia adolecian de las mismas supersticiones.

Perdido el tino en la oscuridad, dieron en un pedregal del cual con dificultad salieron; divisaron la lumbre en una choza, en la cual se apoderaron de dos mujeres, y como en seguida aprisionaran dos hombres, estos les sirvieron de guías. "Y ántes que amaneciese dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. É no quise quemar las casas, por no ser sentido con los fuegos de las otras poblaciones, que estaban muy juntas." (2) Al amanecer cayeron sin ser sentidos sobre Tzimpantzinco, lugar de hasta veinte mil casas; los castellanos penetraron por las calles haciendo estrago en los sorprendidos habitantes, quienes huían desnudos, así como las mujeres y los niños, lanzando lastimeros gritos: los principales y los ancianos se presentaron á pedir el fin de la matanza, arrojando las armas en señal de paz los pocos que las habian tomado. Dijeron, no haber ocurrido en amistad al real por impedirlo Xicotencatl; mas que ellos quieren ser amigos de los castellanos, en señal de lo cual les suministrarían víveres. En efecto, sacaron á los blancos cerca de una fuente en donde les dieron abundante comida, acompañando en seguida á los blancos conduciendo buena cantidad de vituallas. Don Hernando encargó á los papas y principales dijieran á los señores de las cuatro cabeceras cómo habian sido tratados, proponiéndoles dejaran una guerra para ellos tan costosa y concertaran la paz. (3)

(1) Relacion de Andrés de Tápiá, pág. 568.

(2) Cortés relaciones, pág. 54.

(3) Bernal Díaz, cap. LXVIII.—Gomara, Crón. cap. L.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIII.

Subido Cortés en una altura descubrió grandes caseríos y preguntando cuáles eran le respondieron, la ciudad de Tlaxcalla; llamó á los soldados y dijo tranquilamente: "Ved, qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí." Volviéndose entonces al alcalde mayor Alonso de Grado le preguntó: "Atenta la muchedumbre de gente ¿qué os parece se debe hacer?"—"Retirarnos á la costa, respondió Grado, y escribir á Diego Velázquez nos envíe socorro, porque si sobreviene algun accidente ó enfermamos seremos comidos por los indios." Aquella respuesta, eco de los pensamientos de muchos en el real, no debió sonar bien á los oídos de Don Hernando, quien disimulando la flaqueza se contentó con replicar: "Advertid que retirándonos las mismas piedras serán contra nosotros, y si nuestra muerte es cierta, mejor es acabar llevando nuestro intento adelante, que no huyendo." (1) Los expedicionarios fueron recibidos en el real con gran júbilo, pues por haber visto volver los dos jinetes temían hubiera sucedido alguna desgracia.

Aunque la victoria coronaba los estandartes castellanos, costaba una parte del efectivo de las tropas lo ya ejecutado, poniendo espanto aun en los más briosos lo que de la empresa restaba por rematar. Habían sucumbido sobre cincuenta y cinco hombres; de quienes sobrevivían, la mayor parte estaban heridos; doce estaban dolientes de enfermedades, entre ellos Fr. Bartolomé de Olmedo y el mismo Cortés adolecía de calenturas: (2) sobraba la comida, es verdad, más faltaba sal para condimentarla y escaseaban los vestidos. El continuo pelear, traer las armas siempre puestas, rondas y vigiliab habían agotado las fuerzas de los más robustos. El disgusto y las murmuraciones se propagaron en el real. Muchos soldados en corrillos y pláticas se mostraban místios y desalentados. Estando de vela Don Hernando oyó decir dentro de una choza: "Si el general es loco y se mete en donde nunca podrá salir, no lo seamos nosotros, volvámonos á la mar y si él quiere venir con nosotros, bien; mas si no, le dejaremos." Casi públicamente le llamaban Pedro Carbonero, que les había metido en donde nunca podrían salir. (3) Llegó

(1) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 568.—Gomara, Crón. cap. L.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

(3) Cartas de Relac. pág. 55.—"Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros, á hacer salto, se había quedado allá muerto, con todos los que con él fueron." Gomara, Crón. cap. LI.

el atrevimiento hasta meterse siete personas en la posada de Cortés, para hacerle presente la dificultad de la empresa, el corto número de los blancos, la inmensa muchedumbre de los contrarios, las pérdidas sufridas; parecía acertado tornarse á la Villa Rica á esperar re fuerzas, pues con los elementos actuales la conquista era imposible. Respondióles mansamente Cortés recordándoles la buena fortuna que hasta entonces los había acompañado, la confianza que en Dios debían tener, pues por su causa combatían; haciéndoles notar, que retrocediendo, en lugar de tenerlos por dioses les mirarían como cobardes y de pocas fuerzas, sus propios aliados se mostrarían contra ellos por temor de Motecuhzoma. Los quejosos insistieron en sus argumentaciones, hasta que Don Hernando algo enojado respondió, más valía vivir por buenos que morir deshonorados; é interviniendo los amigos del general le dijeron en altas voces no hiciera caso de corrillos ni pláticas, sino dispusiese lo que juzgara conveniente y todos ellos obedecerían. (1)

Los aliados acostumbrados á la obediencia ciega y pasiva no mostraban temor alguno. Consultado por Cortés el jefe cempoaltecatl Teuch le respondió: "Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui á México, y soy experimentado en las guerras, é conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres é no dioses, é que habeis hambre y sed "y os cansais como hombres; é hágote saber que pasado de esta provincia hay tanta genté, que pelearan contigo cien mil hombres "agora, y muertos ó vencidos estos vernán luego otros tantos, é así "podrán remudarse ó morir por mucho tiempo de cient mill en "cient mill hombres, é tú é los tuyos, ya que seais invencibles, "morireis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco "que sois hombres, é yo no tengo más que decir de que mireis en "esto que he dicho, é si determináredes de morir, yo iré con "vos." (2) Verdadero valor es, reconocer la magnitud del peligro y querer arrostrarle.

Pide la justicia declarar, que en aquellas circunstancias Don Hernando se mostró muy grande. Evidentemente su resolución no dimanaba de ciega tenacidad; dentro de él debía haber un impulso su-

(1) Bernal Díaz, cap. LXIX.

(2) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 571.